

se sentaba, los hacia tambien sentar. Exigia á todos los de su casa que les tuvieran un particular respeto (1), y no permitia que ningun sacerdote, ni aun sus capellanes, le hicieran los servicios que son atribucion de los criados. «Observo, decia, que se mira en los sacerdotes su condicion ó procedencia temporal, y esto me aflije, porque no se debe ver en ellos mas que su caracter digno del respeto de los ángeles.» Habiéndole una persona hablado de un eclesiástico con la denominacion de «el curita,» la reprendió fuertemente por este modo de hablar, como poco respetuoso al caracter sacerdotal. Sobre todo no es posible decir el aprecio que hacia de los buenos párrocos: se le vió, estando para partir de Annecy para un viaje, retrasar su partida para ir á visitar á treinta y seis kilómetros de la ciudad á uno de sus curas, que le acababan de decir estaba enfermo (2); y cuando la muerte le arrebató á alguno, la pena que sentia con esta pérdida revelaba en él el afecto del padre mas amante (3). En cuanto á los Cardenales, Obispos y demás dignatarios de la Iglesia, los tenia á todos en singular veneracion por razon de su caracter, no hablando de ellos sino con gran respeto, y tributándoles todos los honores correspondientes á su dignidad (4); y si viajaba por sus diócesis, los obedecia como el mas humilde de sus diocesanos. Estando un dia dando en la Visitacion de Bourges una conferencia espiritual, fueron á avisarle que el Arzobispo preguntaba por él. Interrumpió al punto su discurso y partió para el palacio arzobispal; y como las hermanas le manifestaran que hubiera podido diferirlo un cuarto de hora y terminar su exhortacion: «No, mis amadas hijas, les contestó, estoy en la tierra de otro, y es preciso que obedezca.» (5) Al mismo tiempo nada igualaba á su piedad para con el Sumo

(1) Dep. de Vautier.

(2) Idem.

(3) Dep. de Moccand.

(4) Dep. del Abad de Mouxi.

(5) *Año Santo de la Visitacion*, 26 de setiembre.

Pontífice, en quien veneraba al Vicario de Jesucristo, á otro San Pedro, revestido de la plenitud del poder apostólico. Tomaba sus consejos ó sus órdenes para los negocios graves, no salia de Saboya sin su permiso, y por obediencia al juramento que prestan los Obispos el dia de su consagracion, le enviaba exactamente, cada cinco años, noticia del estado de su diócesis.

¡Cosa notable! su religion le inspiraba una deferencia particular aun hácia las personas casadas, por respeto al sacramento del matrimonio que habian recibido. Habiendo ido á Annecy un comerciante de París amigo suyo, quiso hospedarle en su casa; y todas las noches, despues de cenar, le acompañaba á su cuarto. Habiéndole rogado varias veces con instancia este hombre, confuso con tanto honor, que se abstuviera de ello: «Señor, le dijo el santo Obispo, ¿sois casado?—No, monseñor, nunca lo he sido.—Está bien, replicó, entonces, puesto que somos los dos iguales, en adelante obraré mas familiarmente con vos;» sabiéndose luego que el respeto que tenia al sacramento del matrimonio le habia hecho tratar así á este extranjero (1).

CAPITULO VIII.

Su devocion á Jesucristo y á los santos.

«¡Viva Jesus á quien yo amo!» Este era como el grito continuo de su corazon, herido en lo mas íntimo por el amor del Salvador de los hombres. Tenia con frecuencia estas palabras en la boca, y su pluma se complacia en escribirlas en sus cartas. «Sí, decia, es preciso buenamente trasportar nuestros corazones en el de este rey inmortal de los siglos, y no vivir mas que para él. ¡Oh! ¡cómo deseo morir por el amor de mi Salvador!» En el ejercicio de las virtudes se representaba siempre á Jesucristo, y se

(1) El P. la Riviere, p. 551 y sig.

animaba á hacer, decir y pensar todo como él. «Sigamos »é imitemos en todo á Jesus nuestro maestro, decia á sus »amadas hijas de la Visitacion (1). Si es necesario orar, »dar limosna, consolar á los afligidos, permanecer en so- »ledad, trabajar, sufrir, representémonos cómo ha hecho »nuestro Señor todo eso, diciéndole por medio de una sim- »ple mirada: Sí, Señor, quiero hacerlo todo como vos, y »unido á vos.» Consecuente con estos principios, cuando conferia las órdenes, se representaba á Jesucristo consa- grando á sus primeros sacerdotes los apóstoles; cuando iba á consolar á los enfermos, le contemplaba visitando á la suegra de San Pedro y á la hija del principe de la Si- nagoga; cuando recibia visitas, se le representaba acogien- do con bondad á los que querian hablarle; cuando asistia á algun convite, se le figuraba en la bodas de Caná; quan- do estaba solo, le contemplaba en el desierto; cuando le perseguian, se le proponia huyendo á Egipto; en su trato con sus padres, se acordaba del modo con que se condujo con María y José; estando consolado, le adoraba en el Ta- bor; estando apenado ó en sequedad, se unia á sus dolores en el huerto de las Olivas ó en el Calvario; cualquier cosa, en fin, que fuera lo que le ocurriese ó lo que tuviese que hacer, Jesucristo era siempre su pensamiento dominante, y el divino modelo al cual procuraba acomodarse.

Se escitaba sobre todo á amarle cada vez mas con el recuerdo de sus misterios, que tenia continuamente pre- sentes en su mente y en su corazon, como el objeto mas amado de su devocion (2). Los dias en que la Iglesia los venera le eran preciosos, y escitaban la efusion de su pie- dad: oficiaba en ellos pontificalmente con una humilde majestad y gran recogimiento, y se esforzaba en atraer hácia sí las gracias y las virtudes del misterio que cele- braba.

En las santas fiestas de Navidad, el misterio del pe-

(1) El P. la Riviere, p. 346 y 348.

(2) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. XIII, s. IV, V y VI.

sebre le penetraba de los mas piadosos sentimientos. «El »gran recién nacido de Belén, decia, sea para siempre »las delicias y el amor de nuestro corazon. ¡Ah, cuán her- »moso es! Quiero cien veces mas ver á este pequeño Niño »en el pesebre, que á todos los reyes en su trono. ¡Dios »mio, cuántos santos afectos hace nacer este misterio en »nuestros corazones, sobre todo de renunciacion de los »bienes, honores y placeres de este mundo! No encuentro »misterio que mezcle mas suavemente la ternura con la »austeridad, el amor con el rigor, la dulzura con la seve- »ridad. Santa Paula queria mejor vivir pobre en Belén »que rica en Roma; y lo comprendo: porque allí le pare- »cia estar oyendo día y noche al querido niño de Belén, »que la impulsaba al desprecio de la grandezas del mun- »do y le inspiraba el amor á la abyeccion. ¿Qué es lo »que, en efecto, nos dice el Salvador en su silencio? Su »corazon inflamado de amor deberia inflamar el nues- »tro..... Vuestro nombre, dice á una religiosa (1), está »escrito en el fondo de este divino Corazon, que palpita »sobre la paja por el ardiente deseo que tiene de vuestro »adelantamiento; no exhaló un solo suspiro en el que no »tengais parte..... Permaneced á los pies de este Salvador, »diciendo con la esposa de los Cantares: He encontrado al »que ama mi alma; le tengo y no le dejaré..... El Niño del »pesebre no dice palabra, y su corazon lleno de fervor »por los nuestros, no se manifiesta sino con quejas, lágri- »mas y dulces miradas (2); pero ¡qué grandes cosas no me »dice este silencio! Me enseña á hacer la verdadera ora- »cion mental; me enseña el fervor amoroso de un corazon »lleno de santos pensamientos, de santos afectos, y que »teme perder la suavidad de ellos si los pronuncia.»

Así hablaba el santo prelado del misterio de Navidad; pero no es menos tierno cuando habla del nombre de Jesus. «No tengo tiempo (escribe el primer día del año),

(1) Carta DCCCL.

(2) Carta DCCCLI.

»mas que para escribiros la gran palabra de nuestra salvacion: Jesus. Pronunciad de lo íntimo del corazon este nombre sagrado; y él derramará en todas las potencias de vuestra alma un bálsamo delicioso. Qué felices seríamos si no tuviéramos en el entendimiento mas que á Jesus, en la memoria mas que á Jesus, en la voluntad mas que á Jesus, y en la imaginacion solo á Jesus. Procuremos pronunciarle con frecuencia lo mejor que podamos. Dignese este divino Niño impregnar nuestros corazones en su sangre y perfumarlos con su santo nombre, para que los buenos deseos que hemos concebido sean todos impregnados y perfumados (1). Mi corazon ¡oh Dios mio! os llama, mi mirada os desea; suspiro por vuestro rostro: es decir, mantengamos fijos nuestros ojos en Jesucristo por la consideracion, nuestra boca con la alabanza, y que todo nuestro sér no aspire sino á serle agradable.» (2)

Su devocion á la pasion del Salvador aún sobrepasaba lo que acabamos de decir. Todos los años, la noche del jueves al viernes santo se unia á la procesion de los penitentes de la santa Cruz. Revestido del hábito de la Cofradía iba por las calles con los pies descalzos, considerándose como la víctima espiatoria que debia inmolarse por la salvacion del pueblo, y al regresar, para honrar los sufrimientos de Jesucristo, se aplicaba una disciplina (3). Gustaba contemplar la imagen del santo Sudario, donde estaba la señal del cuerpo y las llagas del Salvador; la tenia en su Breviario, en su cuarto y en su gabinete de estudio, en su capilla y oratorio, en su sala de recibo y en la galería; y cuando le preguntaban la causa del atractivo que sentia hácia esta imagen: «¡Ay! decia, es que este es el retrato de los sufrimientos de Jesucristo trazado con su propia sangre, y nada hay que pueda alimen-

(1) Carta DCCCLVIII.

(2) Carta DCCCLIX.

(3) *Año Santo de la Visitacion*, 18 de marzo.—Dep. de Miguel Favre.

»tar tanto la piedad y el espíritu de fervor.» (1) Con frecuencia meditaba los diversos misterios de la Pasion, é invitaba á los demás á hacer lo mismo, alegando los innumerables é inmensos frutos que el alma recoge de esta meditacion. (2) «¡Oh Dios! esclamaba, si este divino Salvador ha hecho tanto por nosotros, ¿qué no deberemos nosotros hacer por él? Si ha dado su vida por nosotros, ¿por qué no hemos de consumir la nuestra en su servicio y por su amor? ¡Oh, que para siempre el dia de su santísima Pasion sea el dia amado de nuestro corazon! ¡Oh amor, qué doloroso eres! ¡Oh dolor, cuán amoroso!» (3) Una de sus máximas era que no habia aguijon mas poderoso para hacernos adelantar en el amor, como la consideracion de los sufrimientos y la muerte del Hijo de Dios (4). Llamaba á este misterio el mas dulce y el mas patético de todos los asuntos de piedad. «El monte Calvario, decia (5), es la verdadera escuela del amor..... Allí es donde las almas fieles acuden á sacar la miel del amor en las llagas del leon de la tribu de Judá..... y en el cielo, despues de la Bondad divina considerada en sí misma, la muerte del Salvador será el motivo mas poderoso para arrebatar de amor los espíritus bienaventurados..... Todo amor que no tome su origen en la pasion del Salvador, es frívolo y peligroso. El otro dia en la oracion, escribia á la santa Madre Chantal (6), considerando el costado abierto de nuestro Señor y mirando su corazon, me parecia que nuestros corazones estaban allí alrededor suyo, y le rendian homenaje como al soberano rey de nuestros corazones.»

Toda la vida del santo Obispo correspondia á estos piadosos sentimientos. Procuraba en todas las ocasiones

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. IV, sec. XXIV, p. V, sec. XXXII.

(2) *Opus*. p. 374.

(3) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 26.

(4) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. VIII, sec. XII, p. X sec. XXV.

(5) *Tratado del amor de Dios*, capítulo último.

(6) Carta CLXV.

inculcar á los fieles la devocion á las llagas del Salvador; compuso varios sermones sobre este asunto; habló de él en varios capítulos del *Tratado del amor de Dios*; le consagró un capítulo en la *Introduccion á la vida devota*; y por último, publicó una *Meditacion de Jesus en la cruz*, donde espone lo que Jesus sufre en su cuerpo y en su alma, de qué modo lo sufre, por qué lo sufre; y de estas piadosas consideraciones, presentadas de la manera mas tierna, deduce piadosos afectos y resoluciones útiles para la reforma de la vida (1). Siempre llevaba sobre su corazon la *Historia de la Pasion* escrita por su propia mano, mirándola como un escudo contra las tentaciones y un continuo estímulo para amar cada vez mas á Jesus paciente (2). Tenia un afecto especial al cuadro de Santa Magdalena al pie de la cruz; lo llamaba la biblioteca de sus padecimientos, y se complacia en colocarse en espíritu en el lugar de esta ilustre penitente, que, en retorno de sus lágrimas, habia recibido la sangre de Jesucristo para purificar todas sus manchas.

El Crucifijo era, segun él, el verdadero libro del cristiano. «Apelo á vosotros todos, esclama en el entusiasmo de su amor, ilustre doctor de la Iglesia, devoto San Bernardo, ¿dónde habeis sacado tan suave doctrina sino en este libro? ¿Y vos, piadoso Agustino, que alimentábais vuestra alma en las llagas del Salvador, *pascor à vulnere*; y vos, seráfico Francisco de Asís, que habeis estraído del libro de la Cruz tantas tiernas instrucciones; y vos, angélico Santo Tomás, que no habeis escrito nada sin tomar antes consejo de Jesus crucificado; y vos, en fin, seráfico doctor San Buenaventura, que parece no habeis tenido al escribir vuestros piadosos opúsculos otro papel que la cruz, otra pluma que la lanza, ni otra tinta que la sangre de nuestro Salvador Jesucristo? ¡Oh, qué fuego os abrasaba cuando vuestro corazon exhalaba este grito de

(1) Opus. p. 480.

(2) *Año Santo de la Visitacion*, 27 de marzo.

»amor: qué bueno es estar con Jesus crucificado! Quiero »hacer en él tres tiendas, una en sus manos, otra en sus »piés y la tercera en la llaga de su costado, donde quiero »descansar y velar, leer y hablar, orar y hacerlo todo.» (1)

«¡Oh! esclama en otro lugar (2), si nuestro Señor nos »ha amado hasta la muerte de cruz, ¿qué nos resta que »hacer, sino que muramos tambien de amor por Él, ó si no »podemos morir por Él, que al menos no vivamos sino para »Él? Ciertamente, si no le amamos, si no vivimos para Él »solo, somos ingratos y pérfidos. ¡Oh, Señor! decia San »Agustin, ¿es posible que el hombre sepa que habeis »muerto por él, y él no viva por vos? ¡Cómo, Dios mio, »decia sollozando San Francisco de Asís, habeis muerto »de amor por nosotros y nadie os ama!»

Para remediar este gran mal, el santo Obispo recomendaba (3) llevar siempre la cruz sobre sí, besarla á menudo con amor, mirarla con respeto y ternura, diciéndole: «¡Oh »Jesus! amado de mi alma; permitid que os estreche en »mi pecho como un ramillete de mirra; os prometo que »mi boca, que tiene la dicha de besar vuestra santa cruz, »se abstendrá en adelante de las maledicencias, de las »murmuraciones y de toda palabra que pudiese desagra- »daros; que mis ojos, que ven correr vuestra sangre y lá- »grimas por mis pecados, no mirarán ya las vanidades del »mundo, ni nada de lo que pone en peligro de ofenderos; »que mis oídos, que escuchan con tanto consuelo las siete »palabras pronunciadas por vos en la cruz, no se compla- »cerán ya con las vanas alabanzas, con las conversaciones »inútiles, ni con las palabras que hieren al prójimo; que »mi espíritu, despues de haber estudiado con tanto gusto »el misterio de la cruz, no se abrirá ya á los pensamientos »é imaginaciones vanas ó malas; que mi voluntad, sumisa »á las leyes de la cruz y al amor de Jesus crucificado, no

(1) Sermón para la invencion de la santa Cruz.

(2) Sermón para el Viernes Santo.

(3) Conferencia XXII de la exaltacion de la Santa Cruz, p. 392.

»tendrá mas que caridad para mis hermanos; y que, en fin,
 »no entrará ni saldrá ya nada en mi corazon sino con el
 »permiso de la santa cruz, cuya señal bendita haré sobre
 »mí con veneracion, al acostarme y levantarme, y en me-
 »dio de todas las angustias de la vida.»

Lo que el santo prelado enseñaba tambien á los otros,
 lo practicaba mucho mejor aún consigo mismo. «Cuando
 »el viento, escribe á la santa Madre Chantal (1), se en-
 »cierra en nuestros valles y entre nuestras montañas, mar-
 »chita las flores y arranca los grandes árboles, así yo, que
 »estoy colocado un poco alto en este cargo de Obispo, re-
 »cibo mas incomodidades..... Pero al pié de la cruz sagrada
 »de nuestro Señor, la lluvia que cae por todas partes cal-
 »ma este viento. Cuando yo estoy ahí, ó Dios, ¡qué en paz
 »está mi corazon, y cuánta suavidad le da este rocío rojo y
 »encendido!» «Permaneced siempre en el costado abierto
 »de nuestro Salvador, decia á la santa Madre Chantal, que
 »yo procuraré estar en él á menudo con vos..... ¡Qué bue-
 »no es este Señor, qué amable su Corazon! Permanezca-
 »mos en este santo asilo; que este corazon viva siempre en
 »nuestros corazones, y que su sangre hierva siempre en
 »las venas de nuestras almas.»

Por admirables que sean estos sentimientos hácia la
 pasion del Salvador, la devocion del santo Obispo á la di-
 vina Eucaristía no era menor, si es que no era aún mas
 tierna y afectuosa. Iba á las bendiciones del Santísimo Sa-
 cramento á todas partes donde sabia que debia tener lu-
 gar, y allí, ante el misterio de amor espuesto á sus adora-
 ciones, se mantenía con grande respeto, siempre de rodi-
 llas, con una actitud tan modesta, una humildad tan
 profunda y una atencion tan perfecta, que todo el mundo
 quedaba edificado. Permanecía inmóvil como una estátua,
 prohibiéndose toda mirada, todo movimiento, aun el uso
 del solideo, prefiriendo sufrir las picaduras de los mosqui-
 tos ó insectos, que varias veces, segun se observó, ensan-

(1) Carta DCXLII.

grentaron su cabeza calva, que hacer para lanzarlos nin-
 gun movimiento con la mano, lo que parecia acomodarse
 mal con la religion profunda de que estaba penetrado.

Quando llevaba el Santísimo Sacramento en las proce-
 siones estaba trasformado «entonces, refiere la santa Ma-
 »dre Chantal (1), en un querubin luminoso, llevando sobre
 »su pecho al Dios de amor, sin casi mover los ojos; su co-
 »razon experimentaba ardores inesplicables; y su rostro
 »recogido, absorto con esta grande accion, inspiraba de-
 »vacion á todos los que lo observaban. He llevado esta
 »mañana á mi Salvador en procesion, escribia un dia (2),
 »y me ha dado por su gracia mil santos pensamientos, en
 »medio de los cuales me ha costado trabajo contener mis
 »lágrimas. Me comparaba al gran sacerdote de la ley an-
 »tigua, que llevaba sobre su pecho un rico pectoral adór-
 »nado de doce piedras preciosas, en las que estaban gra-
 »bados los nombres de las doce tribus. Pero ¡cuánto más
 »rico encontraba yo mi pectoral! Yo tenia este divino Sa-
 »cramento bien estrechado contra mi pecho, y me parecía
 »que los nombres de los hijos de Israel estaban todos allí
 »señalados, y ¡oh, cuánto deseo tenia de que mi corazon se
 »hubiese abierto para recibir á mi Salvador! Pero no tenia
 »para abrirlo el cuchillo que se necesita, que es el amor,
 »único que lo hiende.»

Otra vez que habia llevado el Santísimo Sacramento
 con un calor extraordinario y extremo cansancio, que hizo
 temer por su salud, le preguntaron cómo se encontraba.
 «Un poco cansado el cuerpo, contestó (3), pero de corazon
 »y de espíritu, ¡oh, qué bien estoy! ¿Y cómo podria ser de
 »otro modo, despues de haber llevado en mi pecho y sobre
 »mi corazon un remedio tan divino? ¡Ay! si hubiera teni-
 »do mi corazon bien abatido por la humildad, hubiera
 »afraido á mí á este divino Salvador, que ama tanto esta

(1) Dep. de la santa Madre Chantal.

(2) El P. la Riviere, p. 417.

(3) Idem, p. 416.